

# BACARISAS

## EL ARTISTA Y SU CONDICION HUMANA

24/6/71

Por Enrique PEREZ COMENDADOR

**E**NARCANDO las cejas y dibujando en su rostro grave y plácido una leve sonrisa, le gustaba decir a Bacarisas cuando él y yo estábamos con otros amigos: «A éste le conocí yo de calzón corto». Se refería, naturalmente, a un tiempo en que el calzón corto lo llevaban únicamente los niños varones. Entonces los hombres y las mujeres que se preciaban de serlo tenían para el prójimo un miramiento que les hacía presentarse ante él bien cubiertas sus intimidades y correctamente vestidos.

Aquel miramiento para los demás era también respeto de sí mismo, un consustancial modo de ser, y ello le dio siempre a Bacarisas aire de gran señor, que ni en la tertulia ni en el taller o en el ocio casero o campestre le abandonaba.

Hablamos, pues, de un hombre circunspecto, correcto, que inspiraba profundo respeto; de un hombre edificante.

Edificante y magistral. El ejerció magisterio sin proponérselo. No ocupó cátedra ni dictó lecciones académicas, mas todos le considerábamos y muchos aprendimos de él.

Siendo yo chaval oía hablar mucho de Bacarisas a aquel caballero escultor que fue mi maestro, Joaquín Bilbao, y le ví por primera vez como quien ve a un personaje de fábula en el taller del ceramista Montalbán, donde él pintaba sus cerámicas y yo, imberbe y tímido, ayudaba al escultor Adolfo López a montar en el barro copiando los modelos de don Joaquín, las estatuas de la portada catedralicia del Patio de los Naranjos.

Permitaseme un inciso. Dichas estatuas que continúan la tradición de los barrocos cocidos sevillanos están inspiradas muchas de ellas en las figurillas ligurias de la sillería del coro. Allí, en casa de Montalbán, escuchando sus consejos y viendo como Adolfo López obraba, aprendí aquella técnica que he utilizado largamente para mis obras, y que hizo decir a los romanos en mis tiempos de pensionado y ahora: «Qué bien ha asimilado usted la técnica de los etruscos». A lo que yo contesto presto: «Forse é vero ma questo lo l'ho imparato da bambino a Siviglia».

En casa de Montalbán, del que hice un busto, entonces había yo conocido al grabador Franco y al escultor Lagos, ambos argentinos, que Bacarisas recientemente llegado de Buenos Aires había introducido en Sevilla, donde trabajaron algún tiempo. Más tarde, pensionado por el Ayuntamiento sevillano, con Santiago Martínez y Alfonso Grosso —a los que desde aquellos días fraternalmente quiero—, me atendió en París Alberto Lagos, e incluso me dejó su estudio en la rue Bagneux para que trabajase en él.

Fue hacia el año 16 cuando yo empecé a dibujar del modelo vivo en la clase de la sección de Bellas Artes del Ateneo, que bajo la égida de Bacarisas recibía nuevo impulso y se renovaba. Nunca he visto

después clase similar en la que se trabajase con más fervor y existiese mayor cordialidad entre la familia artística. Dibujaban allí todavía Miguel Angel del Pino, Agustín Sánchez Cid, Santiago Martínez, Alfonso Grosso, que ya eran mayores y tenían su nombre, y aun el mismo don Gustavo. De todos ellos deseaba yo recibir indicaciones. No he olvidado las de Miguel del Pino, agudas y revelado-



ras, y las de Sánchez Cid, concienzudo y enjundioso, pero era Bacarisas el que más se detenía en la corrección, y lógicamente quien más influía en nosotros. Nosotros, éramos quien os habla y Juan Miguel Sánchez, Martínez de León, Francisco Espinosa, Martínez del Cid, Hohenleiter, Arturo Souto, Pino Sayago, los González Sáez, Pablo Sadati y otros. También Teodoro Miciano, al que esperamos tener en brevísimo plazo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Alternando con niñas abundosas o juncas, pudorosas como hoy no lo son muchas que circulan por las calles, nos posaba Antonio Heredia, «Pichili», «el mejor modelo del mundo», como de sí mismo él dice, amigo nuestro y por ventura aún vivo entre nosotros.

Terminada la clase, algunos de los jóvenes —entonces— antes citados nos incorporábamos a una tertulia inolvidable en las salitas inmediatas arregladas por los primeros, bajo la presidencia de Bacarisas. Allí con José María Izquierdo, tuvo inicio la Cabalgata de los Reyes Magos, y solían acudir además Luis Molini, Francisco Bravo, que también dibujaba; Pandito, Onatti, el que cuando Pino, en-

tonces muy flaco enfermaba, decía que estaba untado en la cama. Y no faltaba Montalbán, serrote y bigotudo, parsimonioso, el que indefectiblemente a las once y cuarto de la noche se marchaba a Triana a pelar la pava —la peló durante treinta años, se casó, se le murió la mujer al año, e inmediatamente tomó otra.

Alguna vez acudía Joaquín Bilbao, y con frecuencia, cuando estaba en Sevilla, Mackinley, aquel gordo ingenioso, culto dramaturgo rico, que siempre contaba cosas hilarantes, gran amigo de Gustavo, y al que ví morir años después en Roma por error de un médico alemán. Bacarisas, siempre con su gran puro, que empuñaba como bengala de quien manda, tolerante y contemporizador, era el aglutinante de aquella ilustre familia.

¿Qué clase de autoridad magistral era la de este hombre delicado que apenas si insinuaba las cosas?

Esta autoridad emanaba de aquella su maestría en las distintas modalidades de las artes del dibujo, y de su autenticidad y ética; de aquella distancia que se acercaba más a la modestia que a la altivez y de su humana condición por la que respetándose y respetando se hacía respetar. Todos sabíamos, intuíamos, que una palabra suya jamás era banal o engañosa, y que siempre iba encaminada al mejor servicio del arte o de quien la solicitaba.

Conviví con él largas temporadas entre los años 28 y 34, en aquel «hotel Royal» de la plaza de San Fernando, decorado en parte de su mano. Ya por entonces se había traído de Estocolmo a Elsa Jarnes, también artista, mujer inteligente y entregada al amor y cuidado de su esposo, devota del pintor. Con no corta cabellera, rubio y colorado, quien os habla, por aquellos días a Elsa con gran regocijo de Gustavo se le antojaba decir que yo parecía un «salmonete», y lo decía con ese gracejo peculiar que pese a sus muchos años españoles aún no ha perdido del todo.

Caminé a veces con don Gustavo entre los años 20 y 30, llevado de la superior jerarquía moral y artística que le era consustancial. Compartimos en ocasiones habitación, mesa y tarea. Un verano en Aracena en una de aquellas habitaciones grandes de pueblo, en planta baja, con dos alcobas, cortinas de encaje, rejas, consolas y sillas isabelinas y estampitas de santos en las paredes encaladas; pulcra toda ella, brillantes sus baldosas rojas. Le acompañaba por la ciudad y campiña, observábamos, cambiábamos impresiones y trabajábamos. Y así en Avila otro verano. De los estudios y apuntes de aquel año salió su gran cuadro de la ciudad. Era de gama parda, dramático, sobrio, impresionante, algo diverso en su obra, tras haber sufrido deterioros durante la guerra estuvo muchos años perdido en los sótanos de la casa Macarrón de Madrid. Cuando lo recuperó, so pretexto de restaurarla y terminarla en aquel su afán de perfección, fue transformándolo hasta convertirlo en un ensueño como es característico de gran parte de su obra.

Le veía mucho allá en su estudio de la calle de Zurbarano madrileña entre los años 32 y 34, en que él vivió en Madrid. Comíamos con frecuencia en una taberna que no caía lejos y que se llamaba «Arrumbambaya», y nos reuníamos con Miguel del Pino, que también vivía en Madrid, con Winthuysen y Arturo Souto, con Juan Cristóbal, que modeló su noble cabeza, y con otros pocos literatos y artistas.

Marché yo a Roma pensionado y dejé de verle, pero nos escribíamos y hemos seguido escribiéndonos hasta que a él se le fue la vida... Conservo sus cartas escritas desde Sevilla, Madrid, las Islas



Madera u otros puntos. ¡Qué escritura la suya! De un grafismo claro, sereno, sin vacilaciones ni nerviosismo, cartas que denotan un pulso seguro y un pensamiento limpio, inalterable a través de su centenaria vida.

Durante la contienda española, Elsa y él vivieron en las Islas Madera. Terminada, volvieron ya para no abandonarla más, a Sevilla.

Cuando en 1939 Magdalena y yo regresamos de Roma nos instalamos en el estudio madrileño de Bacarisas. ¡Qué desastre encontramos! Dos patriotas falangistas perseguidos se habían refugiado en él con la piadosa complicidad del portero de la casa, y una bomba vino a caer allí, pereciendo ambos. Raro era el cuadro, no atravesado por la metralla, e igual las carpetas de dibujo, acuarelas y apuntes. Únicamente quedó intacto lo que decoraba una salita contigua al estudio. Con amor y paciencia, doloridos revisamos y recogimos aquella obra de una vida ya entonces dilatada, muchas de las cuales yo había visto nacer. Tentación tuve de guardar alguna para nosotros, pero uno tenía ya su ética aprendida precisamente de don Gustavo, y sabíamos cuál era el amor del maestro por cuanto su espíritu plasmaba con uno u otro procedimiento. Todo, obras y enseres, vinieron puntualmente a Sevilla, no sin nuestra melancolía.

La entrega de Bacarisas a su arte fue total y absoluta; sostenida. Vivió por y para él. Hizo escultura, cerámica, decoración, escenografía y figurines, mas la pintura fue su gran amor y su gran placer.

Al gusto por la música y la lectura le acompañó, dentro de su característica general contención, el placer de la mesa y otro que en la alternativa tenía su primacía. Si llegaba la hora del almuerzo en días ya lejanos, disponía sólo de un duro, compraba su gran cigarro habano y señorial, pasaba de largo ante el restaurante fumándolo.

El se dejaba querer y le gustaba que le amasen. Durante muchos años tuvimos un modo de quererle que a él le enternecía. En cualquier lugar de la tierra que nos encontrásemos, en cada ágape o banquete finalizado con cigarro puro lo recogíamos y guardábamos sabiendo que a don Gustavo con nuestro recuerdo le llevábamos un cachito de cielo, cielo que Elsa administraba juiciosamente cuando los paquetes a sus manos llegaban.

Bacarisas amaba la vida y la juventud, ese «divino tesoro que se va para no volver». Le vi llorar un día sin quererlo allá por los años 30, apercibiéndose de que se le iba...

En cada retorno a Sevilla por breve que fuera subíamos donde don Gustavo. Hoy volvemos y él no está. Sí, sí está aquí ahora, y seguirá estándolo en la obra que nos ha legado, pero ya no podremos chocar con su copa la nuestra como lo hicimos por última vez hace trece meses y dieciséis días en el Alcázar sevillano, mientras pensábamos en Joaquín Romero, que tuvo para él especiales atenciones.

Ni aun en aquellos momentos en que ya tenía conciencia de su fin próximo perdía la compostura. Vine a darle el último abrazo.

Estábamos en torno al lecho Miguel Ángel del Pino y Victoria, Juan Miguel Sánchez, Elsa y yo. Al despedirme y abrazarle le dije piadoso: «Don Gustavo, en su próxima primavera vuelvo volando, y nos tomaremos una copa juntos como el pasado abril en el Alcázar.» El esbozó una sonrisa de infinita tristeza, vi en su mirada que no lo creía, se le saltaron las lágrimas y me dió un último beso... Quisiera que las siguientes palabras



fuesen como una oración; una oración que nos edificase.

Está sobre nosotros, nos sobrevuela el espíritu de un hombre bueno. Bueno, así sencillamente, lo que es más importante que tener talento. El además lo tenía, era artista y auténtico.

Si le admirábamos por lo que su corazón intelecto y maestría hacían florecer de sus pinceles, le queríamos por su bondad paternal, acogedora, tolerante.

Bueno se es también sin dar limosnas, hacer obras benéficas o mortificarse, sin practicar un culto o un rito. Se es malo con el juicio, con la intención, con la palabra o los actos, sin ser delincuente.

El que nos sobrevuela, el que está ahora presente en nosotros, daba, en su juicio, a cada cual lo suyo, mas si lo suyo era denigrante se lo callaba.

Si en su ámbito alguno bajo caía no se le oyó zaherirle, ni escarnio, ni burla, y menos murmuración tuvieron sitio en sus labios.

Grave y sereno su semblante, mas presto que la displicencia, afloraba en él la sonrisa.

La templanza y la concordia fueron la huella de sus pasos.

A todos nos era grata su presencia, y ni congena ni desprecio vimos en su mirada ante la palabra o la acción injusta o mal intencionada que le dañaba.

Si negábamos lo que era cierto y a la reputación de otro alcanzaba, a juicio nos llamaba.

Cuando solicitábamos su consejo nunca nos defraudaba, más con qué deferente tacto temiendo lastimar, lo departía.

Su palabra siempre era prudente, cálida, elegante.

Jamás, siendo maestro, doctoraba.

Modesto, con una humildad sin trampa, pese a su apariencia de gran señor altivo, apreciaba en todos el menor atisbo de talento y nunca quedaba satisfecho de lo que él mismo, con amor, hacía.

Su miramiento para el prójimo estaba más allá de la mera cortesía.

Liberal fue su ánimo, no se le vió engreído por la gloria y en más tenía su obra que la ganancia.

Trajo una misión a la vida, la cumplió sin desmayo, pausadamente, sereno, sin prisas, y sus espaldas fueron doblándose. Al final, ya sin poder enderezarse, su espíritu, que no su cuerpo, trazaba pinceladas.

Sufrió al impertinente, soportó al pesado y al rastrero, y por él resbalaron las groserías.

Si tú, o yo, o aquél, éxito tenía, fiesta él hacía y aplaudía.

Y tú y yo y aquél le queríamos. Amén.